

LA SUSTITUCION DEL REGIMEN

PORTUGAL va a tener un gobierno de civiles, provisional, hacia el 16 de mayo. Se está gobernando ahora de una manera que probablemente no tiene precedentes en la historia contemporánea. La Junta ha nombrado delegados —militares, pero no de mayor graduación que capitanes, según comandante— en los antiguos ministerios, donde los antiguos funcionarios siguen despachando los asuntos corrientes; pero, al mismo tiempo, hay un espontaneísmo civil que va modificando las situaciones, las estructuras, sustituyendo personas, cambiando métodos. Con prudencia, sin daños, y dentro del vago programa general de democratización de la Junta, leído por Spínola al día siguiente del movimiento. Ante estos cambios, los militares que tienen el poder guardan una especie de neutralidad. Hay que advertir ahora que todas las palabras usuales ofrecen numerosas dudas al ser empleadas para describir la situación nueva de Portugal. Por ejemplo, la palabra poder. No cabe duda de que la Junta lo tiene en sus manos por entero y que de cuando en cuando emite un comunicado de cierta severidad verbal para prevenir posibles desafueros; pero es un poder ingravido, invisible, que deliberadamente está dejando que este espontaneísmo de sustitución del régimen antiguo se desarrolle y que se cree una forma de responsabilidad. Spínola dijo que había que acabar con el mito de la falta de madurez del pueblo de Portugal; en muchos artículos se leen frases del tipo de «Estamos aprendiendo». «¿Cómo será la libertad? No lo sé todavía. Estoy llena de buena voluntad de aprender», escribe Vera Lagoa. La Junta está dejando que el aprendizaje de la libertad, de la responsabilidad, lo aprenda cada uno. ¿Es esto neutralidad? También es una palabra equívoca, insuficiente. La Junta querría no modificar nada que no fuese inmediato y esencial, para que fuese el gobierno provisional civil el que realizase esta tarea, pero no hace el menor intento de oposición a las modificaciones populares. Por ejemplo, los funcionarios del Ministerio de Corporaciones quisieron cambiarle su nombre por el de Trabajo (las corporaciones, el corporativismo, es la base orgánica del fascismo), y la Junta prefirió que mantuviese su antiguo nombre hasta que se organice el gobierno; pero los empleados tapan el rótulo viejo por un gran cartelón que le proclama «Ministerio de Trabajo», y nadie se ha opuesto.

El mosaico de los partidos

Este ejemplo podrá no tener importancia, pero hay hechos mucho más significativos. El joven co-

mandante Mariz Fernández, delegado de la Junta en el Ministerio de Información, declara que oficialmente en el país no hay partidos políticos; que se trata de constituir asociaciones para que de ellas, a su vez, nazcan los partidos; pero los partidos políticos están funcionando, tienen sus sedes abiertas, emiten comunicados. E incluso son utilizados por la Junta, como en el caso de Mario Soares, el dirigente socialista, que ha visitado a todos

candidato de Salazar. Es un santón, y su llegada a Lisboa y luego a Oporto —donde era catedrático de Universidad— ha sido una apoteosis. Este centro-izquierda tendría figuras como el profesor Morgado —compañero de exilio de Rui Luis Gómez—, el profesor Miller Guerra, los doctores Sa Carneiro, Magalães Mota y Francisco Balsemao, el ingeniero Correia da Cunha, el poeta Rui Belo. Su programa, hasta ahora, es bastante vago: «Dar cuer-

za táctica de los dos partidos, si bien sus divergencias son muchas.

El Partido Comunista se ha adherido desde el primer momento al programa de la Junta Militar, y continuamente emite comunicados secundando los decretos de la Junta y exhortando a sus militantes a mantenerse en orden, evitar el revanchismo o incorporarse al servicio militar en el caso de que sean prófugos o desertores, acogiéndose a la amnistía decidida por la Junta.

Más a la izquierda están los «grupúsculos»: el Partido Revolucionario del Proletariado, la LUAR de Herminio da Palma (véase el número anterior de TRIUNFO), el MRPP, o Movimiento Reorganizativo del Partido del Proletariado, cuyas pintadas son prácticamente las únicas que se ven ahora en Lisboa, y que difiere notablemente de las consignas de la Junta y de los partidos democráticos; querría una toma de poder inmediata y un abandono inmediato de África (los partidos comunistas y socialistas entienden también que África debe abandonarse, pero creen necesario un plazo de negociaciones). Existe también el Frente Libertario Portugués, del Frente Anarquista Ibérico, que entiende que «la lucha debe continuar» y que su acción es «apolítica, de esclarecimiento y de cooperación en la liberación de todos los pueblos del yugo del colonialismo».

El espontaneísmo: Bofan los sindicatos

Pero en tanto estos partidos actúan o comienzan a actuar en la vida política, el movimiento espontaneísta ha comenzado en los sindicatos. Sindicatos libres se llaman ahora, en oposición a las corporaciones y gremios del régimen fascista, pero salidos de sus estructuras. Su trabajo ha sido inmediato. Fueron ellos los primeros que se encargaron del funcionamiento de los bancos para evitar la temida fuga de capitales, dejando sin función a los consejeros de Administración. De ellos salieron las instrucciones para que no pudieran ser retiradas de las cuentas corrientes más de 2.000 escudos diarios (algo menos de cinco mil pesetas); cuando se echaron encima las nóminas de fin de mes, tomaron las disposiciones necesarias para que las empresas pudieran retirar los fondos necesarios. Posteriormente, un decreto de la Junta ha dictado disposiciones obligatorias (como, por ejemplo, la obligatoriedad de aceptar cheques y las penalizaciones importantes para que los den sin fondos, etcétera) para mantener la situación financiera, y los sindicatos las han acep-

Eduardo Haro Tecglen

los gobernantes socialistas de Europa en un avión puesto a su disposición por la Junta y en nombre de ella.

Los partidos que están funcionando en Portugal en este momento son principalmente de izquierdas; es decir, los salidos de la clandestinidad. Pero también actúan libremente los de derechas (no fascistas) y son recibidos por la Junta, y celebran sus reuniones. Los más a la derecha son los monárquicos (que aspiran a la restauración de la casa de Braganza; el pretendiente es don Duarte, que en algún tiempo tuvo también aspiraciones a la Corona de España). Están divididos. «A Causa Monárquica» es reducido; «Convergencia Monárquica» es algo mayor, porque reúne tres grupos anteriores (Movimiento Monárquico Popular, Liga Popular Monárquica y Renovación Portuguesa) y porque pretende una monarquía democrática. «Programa» tiene el aspecto de un club de estudios políticos, y representa los tecnócratas de derechas. El Movimiento Federalista Portugués sería un partido de centro derecha, en el que figurarían nombres del derrocado régimen de Caetano: el que era hasta ahora ministro de Información, Silva Pinto, y el que lo era de Educación, Vega Simao. «Sedes» es un partido de desarrollo económico y social con un programa vago de «democracia europea»; algunos de sus miembros tienden al socialismo clásico, otros hacia una nueva social democracia, que tiene su partido, el Social-Democrático, pequeño, que pretende un socialismo no dogmático.

Es muy posible que todos estos pequeños movimientos, a partir del federalista, vayan a encuadrarse en una nueva formación, en un centro-izquierda, que está creándose en estos momentos. Habrá que dedicar mucha atención en el futuro a este partido. Trataría de formarse en torno a la figura del profesor Rui Luis Gómez, que acaba de regresar del exilio en Brasil, donde pasó dieciséis años: tuvo que exiliarse porque se presentó a las elecciones presidenciales contra el

po a las aspiraciones de amplias corrientes de la vida nacional, haciendo intervenir en la vida política un movimiento con el propósito de atender las aspiraciones de varios sectores, en el que se incluye el estudiantil. No sería extraño que la Junta tuviera muy en cuenta la figura de Rui Luis Gómez para presidir un gobierno de concentración nacional.

Este intento de concentración nacional está presente ya en organizaciones clandestinas, como el Movimiento Democrático Portugués, en el que han colaborado socialistas, comunistas y cristianos, con la denominación común de antifascistas y en la CDE —Comisión Democrática Electoral—, que era prácticamente el grupo de enlace del MDP, que ahora podrían conformarse como verdaderos partidos políticos, compuestos por aquellos que prefiriesen militar en estas agrupaciones en lugar de en los partidos originarios.

Los dos partidos más numerosos son el Socialista y el Comunista, aunque naturalmente, reclen salidos de la clandestinidad y de una persecución especial, no es posible tener estadísticas de afiliados y simpatizantes. Las llegadas de sus dirigentes, Mario Soares y Alvaro Cunhal, respectivamente, fueron manifestaciones numerosísimas, y su presencia en la celebración del 1 de mayo despertó el entusiasmo de la multitud. El partido Socialista es reciente: se fundó en 1972, procedente de la Antigua Acción Socialista Portuguesa, creada en 1964. Su dirigente, Mario Soares, no es solamente una figura socialista de enorme prestigio, sino que este prestigio desborda los cuadros del partido. Se está hablando de Soares como posible ministro de Asuntos Exteriores, y en realidad está actuando como tal en sus entrevistas con los dirigentes europeos. El partido comunista está fundado en 1921; su secretario general, Alvaro Cunhal, es viejo luchador, muchas veces detenido, fugado de prisión, y probablemente ministro en el gobierno provisional que se va a crear. Hasta ahora, Soares y Cunhal mantienen la alian-



Mario Soares y Alvaro Cunhal, a su llegada a Lisboa, uno en tren y otro en avión, después de años de exilio.

tado. Fueron estos sindicatos los que se encargaron de que no fallara el abastecimiento de la capital de la distribución de la gasolina...

Comisiones «ad hoc»

De alguna manera este movimiento recuerda el de mayo de 1968 en París, aunque mucho más moderado. Aquí no se trata de «la imaginación al poder». No hay imaginación, sino sentido práctico. En cada sector de trabajo se forman las llamadas comisiones «ad hoc» —un término de moda—, que

se van haciendo cargo de los problemas de su profesión. Todas las reivindicaciones son de tipo profesional. Por ejemplo, los médicos y asistentes dedicados a la salud mental del niño en un centro de Lisboa hacen público su programa para cumplir mejor su función (que los niños no sean hospitalizados con los adultos, que se renueve el material, que haya revisiones escolares, etcétera); esto ocurre con los zapateros, los químicos, los ingenieros, los profesores de la Facultad de Medicina... Uno de los aspectos en que ha sido más visible esta creación de comisiones «ad hoc» fue, naturalmente, en los periódicos, en la radio, en la tele-

visión. Se han encontrado de pronto sin censura de ninguna clase y con una responsabilidad enorme. Las comisiones son consejos de redacción; eligen sus redactores-jefe o sus directores. Rechazan la censura interior. En el caso de la emisora católica Radio Renascença; los directivos quisieron evitar que se dieran noticias de las llegadas de los dirigentes socialista y comunista, Soares y Cunhal, y los redactores —y el personal auxiliar— se declararon en huelga. No trataban, decían, de exaltar ni de magnificar la figura de los dirigentes populares, pero su profesión les obligaba a dar noticia de ello, en tanto que era un aconte-

cimiento de primer orden en Portugal. En este caso intervino la Junta, y, como en todos, dentro de lo que hemos llamado su neutralidad: no trataba de forzar a ninguna de las dos partes, pero insistía en que la radio no podía permanecer silenciosa en momentos importantes para la vida del país. Quizá esta neutralidad se inclinase más hacia la comisión de redactores: la dirección fue sustituida, la censura interna desapareció y las emisiones volvieron al aire.

Aprendizaje de la responsabilidad

Ocurre de esta forma que los periódicos no están ahora manifestando opiniones —aparte de algunos artículos firmados por sus colaboradores—, sino una continua información, y unos llamamientos continuos al orden, a estimular la sensación de «mayoría de edad», la responsabilidad de cada uno...

A veces, ciertos grupos no saben qué hacer con esa responsabilidad. Por ejemplo, los distribuidores de películas. Algunos se han apresurado a programar con arreglo a las circunstancias: aparece «El acorazado Potemkin», que tiene algo de simple imagen de lo que ocurre en Lisboa, donde los fusileros de Marina, con un clavel en la mano y una ametralladora en la otra, guardan una especie de orden: es decir, confraternizan con la población, dialogan con ella, están simplemente presentes: aparece la última película portuguesa prohibida por la censura, aparece un film de Glauber Rocha (el cual está filmando incansablemente en Portugal un largo film documental sobre la liberación del país). Pero, ¿qué películas van a traer del extranjero? Su tendencia al negocio les hace pensar en aquellas que son consideradas como pornográficas, pero su sentido de la responsabilidad se lo impide. Así han decidido en su comisión «ad hoc» traer, como ensayo, «El último tango en París», para ver en qué sentido lo acepta o lo rechaza la población de Lisboa.

Brotan cine-clubs. Aparecen nuevos grupos de teatro. Otros modifican su programación sobre la marcha. Actores y autores se reúnen. Se reúnen los escritores de la televisión —que ha cambiado ya totalmente de aire: ha dejado de ser sombría y machacona para comenzar a buscar nuevas formas expresivas...—. No hay un sector de la vida nacional que no esté tocado por este movimiento de renovación, de busca. Todo ello, repítamos, lento, cuidadoso, responsable. Aunque no se sabe qué aceleración histórica podrá tener.

¿Qué futuro?

No se sabe, y ésta es la pura realidad, dónde va a terminar este movimiento. Si es que tiene fin. Y ésta es una medida muy importan-

LA SUSTITUCION DEL REGIMEN

te: la dictadura anterior era un fin en sí, algo definido y con conclusiones definitivas, y la política es una busca continua, una forma de cambiar las administraciones y los gobiernos a medida que cambian las coyunturas y la dinámica de vida. Al entrar en la política, Portugal está empezando a descubrir esta regla de lo no definitivo, de lo que no puede ser eterno, de lo cuestionable. Pero, ¿cómo se va a organizar, cómo va a ir funcionando? ¿Puede llegar a ser una democracia popular, va a ser una democracia occidental?

Todo hace pensar ahora que el modelo que se busca es este último, y que lo busca incluso —o sobre todo— el partido comunista. El mecanismo previsto ahora es éste: gobierno provisional de concentración, con ministros que representen más o menos todos los partidos; preparación de una ley electoral, elecciones dentro de un año, Asamblea Constituyente, promulgación de la Constitución y, con arreglo a ella, elecciones generales para la primera Asamblea Nacional. En total, un periodo que puede durar un par de años. Durante los cuales va a continuar la tutela de la Junta sobre los civiles. Está claro que la Junta tiene un programa, que ese programa ha sido asumido por las fuerzas políticas y que por ahora nadie se va a separar de él.

Política exterior: Los pactos

Algo muy significativo está ya en las declaraciones de política exterior. La Junta ha hecho saber que va a respetar todos los pactos. Entre ellos está, naturalmente, el de la OTAN: tanto socialistas como comunistas están de acuerdo en que Portugal permanezca dentro de la alianza atlántica, y también ellos y la Junta lo están en el reconocimiento inmediato —en cuanto haya gobierno de civiles— de la URSS, de China, de los países del tercer mundo, de los que estaban separados por las guerras africanas. Está la adhesión al Mercado Común: los partidos quieren que se vaya más lejos, hasta llegar a la integración.

Entre estos pactos, está el Pacto Ibérico, con España. Las relaciones con España son un tema principal de atención, puesto que proceden directamente del régimen anterior. Se ha dicho en Lisboa que ha estado visitando a los miembros de la Junta Nicolás Franco y Pascual de Pobil, pero no se aclara si lo ha hecho en nombre propio o con una misión oficiosa del gobierno. Hay quien dice que puede ser embajador de España, como lo fue su padre. La Junta entiende que debe respetar el Pacto Ibérico, como todos los existentes, y los partidos políticos no se manifiestan en contra. Mario Soares ha declarado que hay razones muy antiguas, por encima de las situaciones políticas, para que los dos países estén

bien relacionados; el comunista Alvaro Cunhal, desde el mismo aeropuerto al que llegó tras su exilio, ha dicho que con España debe mantenerse «una coexistencia pacífica». Brasil es otro caso especial, por las tradicionales relaciones de idioma y de identidad, se entiende que tampoco van a variar y que pueden mejorar en cuanto Portugal abandone África. En cambio se ha pedido la ruptura de relaciones con Chile. Sucederá o no sucederá: no tiene importancia mayor. Chile y Portugal no tienen intereses comunes, y su comercio mutuo es mínimo. En todo caso, estas identidades de principio entre la Junta y las fuerzas políticas en cuanto a política exterior mues-

siendo miserable. Sus peticiones son, por ahora, muy limitadas. Casi ingenuas. Por ejemplo, el sábado por la tarde, una manifestación —con sus marineros, sus claveles, sus canciones: sin ninguna agresividad— recorría las tiendas pidiendo que se cerraran, porque una reivindicación es que no se trabaje los sábados por la tarde. Lo conseguían a veces a fuerza de insistencia: no hay pánico patronal, y los patronos explicaban a veces sus razones para mantener las tiendas abiertas: los sábados son los únicos días en que muchos obreros o trabajadores pueden comprar, porque los otros días no tienen tiempo libre. «¡Ya lo tendrán!», contestaban los manifestantes. En la oficina central de Correos, los cartelones piden un salario de 7.000 escudos (algo más de quince mil pe-

De Antonlo Champallmaud —el industrial más poderoso del país— se ha dicho que iba a ser ministro de Finanzas en el gobierno provisional. Lo ha desmentido. No le interesa ni a él ni a la Junta. Pero no ha cesado de hacer elogios a la Junta. Jorge y José Manuel de Mello, del grupo CUF —otro poder— declaran que son partidarios de una democracia occidental con régimen de partidos, incluyendo el comunista; el derecho de huelga no les parece excesivo, porque consideran que las huelgas existían ya de hecho, aunque fueran ilegales, y que es mejor que aparezcan dentro de una organización constitucional. Manuel Ricardo Espírito Santo —la banca Espírito Santo— desea unos sindicatos con los que entenderse, que trabajen para el mejor desenvolvimiento de



tran que, por ahora, están todos de acuerdo en las cuestiones fundamentales.

Política interior: Las reivindicaciones

Pero en la política interior tienen que surgir problemas muy pronto. Hemos dicho que la mayor parte de las reivindicaciones de los nuevos Sindicatos Livres, creados sobre las estructuras de las antiguas organizaciones, son principalmente profesionales. Pero las hay también salariales. Muchos obreros identifican la nueva situación con una mejora inmediata de sus condiciones de vida. Tienen razón. De nada les sirve que el régimen anterior desaparezca si su vida continúa

setas) y siete escudos de prima por hora nocturna trabajada. Algo bastante escaso, no inquietante.

El capital: Una cierta satisfacción

Debe ser incluso satisfactorio para el gran capital. Piensa uno que estas concesiones y algunas más deben estar calculadas ya desde antes del golpe, y que los industriales que han favorecido a la Junta y se han adherido a ella deben considerar hasta ingenuas estas peticiones. El gran capital ha sido visita constante de la Junta en Cova da Moura (la Cueva de la Mora: la sede provisional de los militares), y sus declaraciones son, generalmente, satisfactorias.

la vida nacional: unos sindicatos como los que existen en los países occidentales. Abel Pinheiro, de la empresa Grao-Pará, entiende también que el derecho de huelga entra en el «fair play» de la democracia, que las empresas para las que trabaja en el extranjero han acogido bien el cambio de régimen y que están, de todas maneras, a la expectativa de lo que pueda suceder antes de volver a tener confianza. Sin embargo, cree que el derecho de huelga debe estar compensado por el derecho de los patronos al «lock-out».

Parece claro que los grandes empresarios esperan una mejor situación que en el régimen anterior. Este practicaba una economía dirigida, la «ley de condicionamiento industrial»; esperan que ahora el movimiento democrático deje toda su iniciativa a la libre empresa, a



En las primeras páginas de los diarios se destaca el reconocimiento del nuevo régimen por España, Francia y EE.UU. A la izquierda, la multitud, con pancartas, espera el regreso de los exiliados al aeropuerto.

la acción privada, y regule las relaciones entre patronos y obreros por vía sindical normal. Todo ello les debe llevar al Mercado Común y a la reconversión de la industria a partir del abandono de las colonias que ya no podían ser explotadas y que se habían convertido en una carga para el país.

Una revolución burguesa

Todo esto lleva, naturalmente, a la cuestión aún misteriosa del origen del golpe de Estado. Parece claro que el gran capital lo deseaba —y ello está muy visible en el libro de Spínola, en el que se simboliza el movimiento—; parece menos claro, pero sí en circulación por la vía de los rumores, que el verdadero golpe parte de los mandos medios del ejército, los cuales designan a Spínola y a otros militares —los que forman la Junta— elegidos por su alejamiento del régimen en vigor y por sus condiciones de honestidad, de seriedad, de inteligencia. Cuáles son las verdaderas relaciones de estos mandos medios con los generales es algo que naturalmente no se sabe; pero los capitanes y los comandantes delegados en los ministerios, con responsabilidades reales de ministro, ofrecen muchas veces ejemplo de iniciativa personal. Se saben, porque se ven, cuáles son las relaciones de capitanes y comandantes con el pueblo. De una cordialidad máxima. En los casos en que tienen que intervenir directamente, dialogan, charlan, se suman a la gente, buscan acuerdos: ni en un solo caso, hasta ahora, se han mostrado como guardianes del orden por medio de la fuerza. Delante de ellos, sus soldados, sus clases, se abrazan al pueblo, intercambian claveles, hasta cantan los «slogans» de la multitud, a la que teóricamente estarían encargados de

reprimir. Las mismas relaciones entre soldados y mandos parecen relajadas, sin tensión por ninguna de las dos partes. No deja uno de pensar que si las cosas fuesen muy mal y hubieran de enfrentarse los soldados al pueblo, sería muy difícil que obedecieran las órdenes, después de esta auténtica confraternización.

Todo hace pensar en una revolución de clases medias, en una revolución burguesa. Apoyada, por una parte, en el gran capital; por otra, en las fuerzas populares. Es decir, dirigida al ejemplo de países occidentales clásicos: prensa libre, partidos, asambleas, sindicatos.

Democracia de país pobre

Pero no hay que olvidar que Portugal es un país muy pobre. Es probable que en los cálculos capitalistas, como queda dicho, el beneficio salarial y social que pueda irse concediendo, paso a paso, está calculado de sobra, y que los beneficios que puedan obtener de una nueva situación de libertad económica paguen con creces hasta las huelgas. El gobierno provisional, cuando se forme, tomará, sin duda, medidas inmediatas en ese sentido. Pero cabe también pensar que, a la larga, no serán suficientes. La restauración de la economía, el cambio de una economía de guerra por una economía de paz, la forma de entrar en el Mercado Común, probablemente ha de ser más lenta que la urgencia de las necesidades de los trabajadores. Ya se ha advertido que es inútil pensar en un regreso de los emigrantes en el extranjero: son más de un millón —un tercio de la población activa— y crearían dos pavorosos problemas, el de la falta de empleos y el de la falta de entrada de divisas. Los partidos de

la izquierda piden a sus dirigentes en la emigración que no la abandonen, que no acudan a Portugal a ocupar cargos sindicales o políticos, porque deben seguirse manteniendo junto a los obreros, y evitar que cunda la psicosis del regreso. Si la elevación de salarios, la seguridad social, la reducción de horas de trabajo crean una elevación de precios, el ciclo de la inflación perjudicará directamente al obrero, y éste ya no tiene la contención de la policía política.

Comienza a hablarse de cogestión, de participación, de nacionalizaciones de los sectores públicos, incluso de la banca. Son palabras que saltan a los periódicos, a las conversaciones. Los partidos aún callan. Puede ser que también estuviese calculado por el gran capital este tipo de colaboración con el trabajo, dentro de límites que les fueran soportables. En todo caso, lo que tratan ahora quienes dirigen Portugal, Junta y partidos, es de ganar tiempo; de aplazar las mayores decisiones hasta después de la Constitución, acudiendo ahora a mejorar el nivel de vida y la sensación de dignidad humana de la forma más rápida y visible.

El partido del miedo: Rumores

El miedo a las nacionalizaciones, al colectivismo, a la dictadura del proletariado está en la derecha, sobre todo en la derecha asentada en el régimen. Su arma actual son los rumores. Los hay enteramente pintorescos. La Madre Lucía, que tiene fama de vidente, tuvo una visión el 30 de abril: horribles desastres y mares de sangre en las calles de las ciudades en el día 1 de mayo... Corrió al obispo de Leiria para explicárselo, y para decirle que todos los católicos rezasen desde medianoche hasta las

ocho de la mañana para evitarlo. No sucedió nada: el 1 de mayo y su manifestación fueron modelos de orden increíbles; no pasó nada de nada (véanse otras páginas de TRIUNFO), a pesar de la inmensa concentración humana. Cuando se le dice a la Madre Lucía, responde que es natural: lo evitaron las oraciones de los católicos... Pero los rumores habían hecho cundir el pánico. Hay rumores más peligrosos. Los que indican que van a comenzar actos de terrorismo, y que los grupúsculos van a secuestrar personas. Hay quienes se recomiendan unos a otros: «Haría bien en prepararte el refugio en una Embajada...».

Una revolución sin agresividad

Indudablemente, nada de esto ha sucedido ni está sucediendo. La única agresividad se está mostrando con los antiguos policías políticos de la PIDE. La Junta y los periódicos, los partidos políticos, sólo tienen ahora una autocensura: aquella que les impide hablar de las atrocidades de la policía política. Entre los rumores —de izquierda— están los de que se ha encontrado en sus sótanos cámaras de tortura, esqueletos, ahorcados... Pero oficialmente no se habla de eso. Se trata de evitar que el odio se atice. Muchas personas habían sido acusadas de pertenecer a la PIDE, de colaborar con ella, de ser sus amigos: en los periódicos aparecen continuamente anuncios, muchas veces con fotografías, de personas que aseguran no haber tenido jamás contacto con la policía política, y que muestran certificados expedidos por la Junta demostrando su inocencia.

Este es Portugal, ahora. Un país donde las calles ofrecen una sensación de tranquilidad absoluta, donde las gentes hacen su vida normal, donde las estructuras del régimen antiguo se sustituyen en calma, donde los políticos que sirvieron a Caetano viven sin ser molestados; se les encuentra en los restaurantes e incluso se les escucha por radio. Oí, por ejemplo, las declaraciones de Vega Simão, que fue ministro de Educación Nacional, y que de ninguna manera desmentía su actuación en la época anterior y mantenía muy dignamente sus posiciones políticas. Incluso cuando se le planteó el problema de la policía en la Universidad, respondió —en lugar de culpar a otro ministerio o a la PIDE— que había sido ciertamente necesaria para contener a los grupos de acción, y que en todos los países hay una vigilancia para mantener el orden en los recintos universitarios... Y el periodista, miembro del comité de redacción que había tomado posesión de la radio, le llama respetuosamente «Señor Profesor», y respetuosamente, para no herir ni molestar, le planteaba sus preguntas...

Lisboa, mayo. ■ E. H. T.